

RECUERDOS PINTOESCOS DE MI VIDA PROFESIONAL

POR VICENTE MACHIMBARRENA, INGENIERO DE CAMINOS

I

El valor de los recuerdos.

En el prólogo de la serie de artículos que he venido publicando en esta REVISTA con el título genérico de "Memorias de la Escuela de Caminos", decía que, mientras Dios me conserve la existencia, deseaba vivir en contacto con mis compañeros, colaborando en nuestro periódico profesional. Ni en ciencia ni en técnica puedo colocarme al nivel de los actuales Ingenieros, educados en el Centro de enseñanza cuyo progreso ha sido la preocupación mayor de mi vida, y que, además, han tenido la oportunidad de realizar múltiples obras de ingeniería en un período en el que nuestra nación sacudió el letargo en que estaba sumida cuando los de mi generación hicimos los estudios y empezamos a ejercer la profesión.

Es imposible, por lo tanto, que lleven mi firma artículos doctrinales que estén a la altura de los que vienen dando prestigio a esta REVISTA, tanto en España como en el extranjero, cuyos periódicos reproducen, con elogio, las investigaciones y trabajos que realizan nuestros Ingenieros; pero, por lo mismo que es tan sólida y honda esta labor, ¿no vendrá bien amenizar las páginas de la prensa técnica, contando lances pintorescos de la vida profesional? Esto es lo que me propongo hacer en una nueva serie de artículos, que escribiré, siempre que el Comité de Redacción lo crea oportuno; pues, como hombre subordinado, a su criterio responsable me someto, como yo lo hacía cuando estaba al frente de la Dirección de la REVISTA.

No acostumbro a escribir el diario de mi vida; así que el único archivo que tengo del pasado es el que

guarda mi memoria, que flaquea a medida que los años crecen, con la particularidad muy conocida de que se olvidan antes los hechos recientes que los remotos. ¡Cuántas veces nos pasa, al presentar a dos personas que conocemos, olvidar de repente sus nombres! En cambio, persisten tenazmente los recuerdos de la infancia.

El año 1935 fui a San Sebastián a dar en el Ateneo una conferencia sobre "Recuerdos de mi infancia", y pude fácilmente evocar lo que me ocurrió en mi pueblo natal, desde que tuve uso de razón hasta el año 1881, en que fui a Madrid a estudiar la carrera de Ingeniero de Caminos.

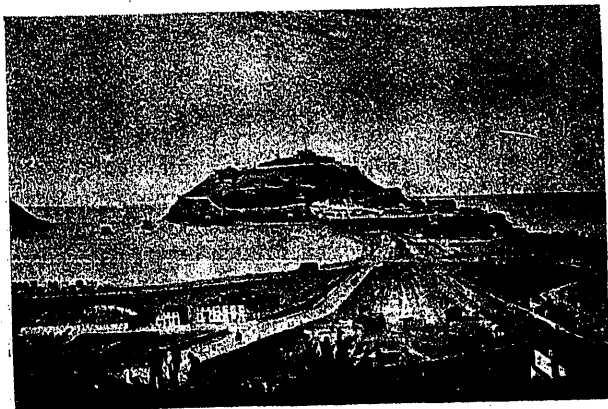
San Sebastián, el año que nací era todavía un pueblo muy pequeño, de unos diez mil habitantes, que recientemente había roto las murallas que lo aprisionaban. Reproduzco dos fotografías de dibujos de la época: la primera, con la ciudad todavía amurallada, y la segunda, con el notable desarrollo que adquirió en pocos años, a pesar de la guerra carlista. Relaté en mi conferencia del Ateneo algunas peripecias de mi vida infantil, durante el bombardeo que sufrimos a fines del año 1875 y principios de 1876, en las postrimerías de dicha guerra civil. El puente para cruzar el Urumea era todavía de madera, como se ve en el segundo dibujo; pero poco tardó en ser sustituido por el espléndido de sillería existente, que se inauguró en 1872.

También publico una tercera fotografía en que se ve la plaza fuerte fronteriza, que era el diminuto San Sebastián, con su pequeño puerto de pescadores, visto desde el monte Urgull, la ensenada de la Concha y la desembocadura de la ría del Urumea, que casi se unían.

En lo alto de dicho monte está el Castillo de la Mota, donde había una campana que nos avisaba, durante el bombardeo carlista, la salida del proyectil, que tardaba catorce segundos en llegar a la ciudad.

¡Emociones inolvidables las de esa época, en que entré en el uso de la razón! Las partidas carlistas merodeaban en las afueras de la capital, por lo que era peligroso alejarse de ella, pues estaba casi sitiada, no funcionaba la línea férrea del Norte en las provincias vascongadas y, para ir a Madrid, había que salir por mar en un remolcador de ruedas, que llevaba los pasajeros y la correspondencia a Santander, a tomar la línea de Venta de Baños, y para ir a Francia, otro remolcador análogo conducía a Socoa, el puerto de San Juan de Luz.

La conferencia del Ateneo la di el 21 de diciembre, día de Santo Tomás, el de la fiesta íntima de Do-



nostia, y más feliz de la infancia, por los juguetes que nos regalaban nuestros padres, parientes y amigos.

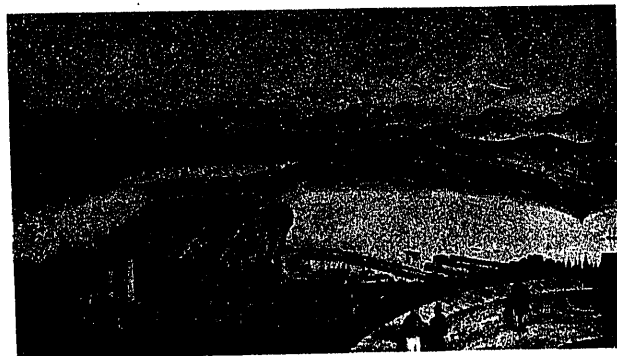
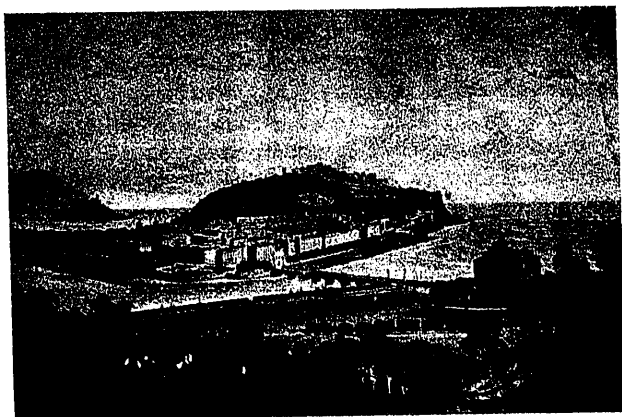
Animado por el público, entre el que había algunos contemporáneos míos, que me escuchaban complacidos, hasta llegué a cantar, *sotto voce*, los villancicos más populares de Noche Buena y Reyes, que conservo en mi memoria, con la particularidad de que la mayoría tienen la letra en vascuence, idioma que, por desuso, lo tengo casi olvidado.

Cinco años después, en 1940, volví a San Sebastián, invitado por la Comisión de Conferencias del Patronato de Museos y Biblioteca de San Telmo, para dar otra conferencia, en la que también evoqué recuerdos, esta vez de juventud, en los que divagué más que en los primeros; porque, como he dicho, lo más reciente se borra o muere antes que lo antiguo.

Este fenómeno del olvido ha sido amplia y minuciosamente estudiado por multitud de psicólogos en tratados y monografías. Parece que los hechos y cosas lejanas, si nos han interesado, persisten más tiempo en el campo de la conciencia, para pasar instintivamente a la esfera de lo inconsciente, por lo que vienen con más facilidad a la memoria. En cambio, en el recuerdo de los sucesos recientes, se nos escapan las ideas y las palabras cuando las buscamos, aunque sea con afán.

De mí puedo decir que en la edad madura he dado varias conferencias y pronunciaba mis lecciones de arquitectura durante cerca de una hora, sin más auxilio que las notas indispensables para guardar el orden que me había propuesto. Actualmente, las conferencias que doy las llevo escritas, para leerlas, pues desconfío de ese don maravilloso, que los griegos divinizaron con el nombre de *Mnemosina*, madre de las musas, por lo que se llama Mnemotecnia el arte de cultivar la memoria y aumentar su eficacia.

Los grandes oradores, que se cuidan tanto del fondo como de revestir sus ideas con formas bellas, tienen feliz memoria, en la que confían, sobre todo en los momentos culminantes de su discurso, aunque les cueste confesarlo y lo disimulen por vanidad algo



pueril. Creen que la improvisación da más mérito a sus facultades oratorias. Castelar, el orador español más grandilocuente del siglo XIX, reservó, en la discusión que sostuvo en el Congreso de los Diputados con el Padre Manterola sobre la libertad religiosa, el párrafo más brillante, aquel en el que comparaba el Dios del Sinaí con el del Calvario, para la rectificación, como si en aquel momento se le ocurriera; pero sabía de antemano lo que sobre poco más o menos le diría su docto contrincante; así que todo aquello de "grande es Dios en el Sinaí, el trueno le precede, el rayo le acompaña", etc., lo traía muy bien sabido de memoria desde su casa, para producir en el momento oportuno el efecto teatral que se proponía, en el que mayoría, minoría, público de tribunas y Gobierno, puestos en pie, le tributaban unánimes, como a un divo, clamorosa ovación.

Recientemente vi a otro gran orador actual en un acto académico, en el que hay obligación de escribir el discurso, que previamente se imprime, prescindir, con el folleto en la mano, de su lectura, para declamarlo de memoria.

Siempre que al escuchar una conferencia con primores de forma, se cierran los ojos y se tiene la impresión de que el orador la lee, puede asegurarse que la sabe de memoria. En caso contrario, tomada taquígráficamente, hay que rehacerla en gran parte, para suprimir repeticiones y hasta errores de sintaxis, precisamente por faltas de la memoria, que obligan a divagar, para evitar silencios de mal efecto.

* * *

Recordar, significa etimológicamente volver a pasar las cosas y hechos que fueron, por el corazón, que a modo de alambique, los purifica, eliminando de ellos lo insignificante y desagradable. El tiempo, que envejece, va acumulando sobre lo pasado tesoros de emoción y de belleza. Sirve, en primer lugar, para seleccionar la calidad de las obras y los acontecimientos, pues los que resisten mucho tiempo a la acción del tiempo, son, en general, los que por su valor aspiran, con fundamento, a ser eternos.

Lo antiguo no nos interesa por ser viejo, sino por

su valor de perpetuidad. Lo débil, lo insignificante, lo que poco o nada vale, es siempre efímero, y el tiempo, implacable, hace su eliminación certera.

Por eso, ante las ruinas, lo mismo de los seres que de las cosas creadas por Dios o por los hombres, sienten, los espíritus sensibles y cultos, respeto; a veces, hasta veneración. Así ocurre con la ancianidad y con los restos de las obras artísticas, en los que se adivina lo que fueron en edades remotas. El tiempo suaviza los contornos, entona los colores y, con su pátina, nos cuenta las historias de los siglos, que no en balde pasaron sobre ellas, para dejar el rastro de lo imperecedero. Lo flamante y redivivo nos es menos grato.

Lo mismo pasa con los recuerdos de la vida. Lo dice quien apenas vive ya sino evocándolos. El tiempo los da la pátina también, y, al eliminar lo accidental, los estiliza y embellece.

Por eso se dice, con razón, que cualquier tiempo pasado fué mejor; porque se compara lo actual, mezclado de impurezas, con el recuerdo de lo pasado, despojado de ellas.

No se debe caer en la tentación de reproducir fielmente el pasado con minuciosa fruición. Así se evitan muchos desengaños.

Recuerdo de una promoción que se reunió en Madrid para celebrar el décimo aniversario de la terminación de la carrera. Vinieron los que residían en provincias, acompañados de sus mujeres, pero se empeñaron, como primera fiesta, en salir de la Escuela para comer juntos en un merendero de la Bombilla, exactamente lo mismo que el día en que terminaron la carrera, y, por lo tanto, sin ellas, pues entonces eran solteros.

El fracaso fué completo. En vez de trasladarse en alegres jardineras, tiradas por mulillas cascabeleras, lo hicieron en taxis de ingratos sonos. El almuerzo del merendero, que a los veinticinco años les pareció excelente, tuvieron varios, para digerirlo, que tomar bicarbonato. ¡Y qué decir de las conversaciones! Aquella alegría frenética de los veinticinco años, aquel reír sin motivo aparente, aquellas esperanzas locas del cambio de la vida de estudiante a la profesional, eran ya realidades, que habían traído preocupaciones y hasta algunos desengaños. Así que, en cuanto terminó el almuerzo, en vez de seguir reunidos, se separaron presurosos para ir en busca de sus mujeres y sus hijos.

En cambio, por la noche nos reunimos, como decía

el programa, en un banquete de gala en la terraza del Hotel Nacional, porque era el mes de julio, en el que entonces se terminaba la carrera, y hacía calor. Ellas, en plena juventud, no llegaban a los treinta años, en traje de sociedad, escotado; los hombres, de *smoking*. Una música discreta animaba el ambiente, ligeramente refrescado por una brisa suave. A los postres inicié unos brindis "íntimos y galantes", al que contestaron ellas, gozosas de verse unidas a hombres inteligentes y trabajadores, que en diez años se habían creado un porvenir brillante. Acabamos por bailar, con lo que se borró la impresión melancólica que les había dejado a ellos el almuerzo matinal de la Bombilla, de sólo hombres.

Lo ocurrido era una lección. Lo pasado hay que convertirlo en recuerdo. Sólo así tiene actualidad y valor; para animar todas las edades de la existencia, en las que nunca faltan esperanzas e ilusiones, por no ser éstas atributo exclusivo de la juventud.

Con este espíritu pienso enfocar los recuerdos pintorescos de mi vida profesional. Mis contemporáneos, que van escaseando, podrían contar lances análogos, si conservan mi humor, pues burla burlando se pueden decir cosas interesantes, que he de procurar además, como he dicho al principio, que sean amenas aunque siempre dentro de la índole de esta REVISTA, y los jóvenes verán el contraste entre la vida de un Ingeniero de antaño y la actual, a pesar de que sólo ha transcurrido poco más de medio siglo, desde que en 1888 terminé la carrera de Ingeniero de Caminos.

La Escuela especial estuvo situada, precisamente hasta ese año, en un indecoroso caserón de la calle del Turco (hoy Marqués de Cubas), cerca del sitio en que, algunos años antes, según un romance popular,

*"Metidito en un coche
le mataron a Prim."*

El Ministro de Fomento tuvo prisa de que ocupáramos cuanto antes las vacantes que existían en el escalafón del Cuerpo, por lo que, sin hacer las prácticas de fin de carrera, me destinaron a la Jefatura de Obras Públicas de la provincia de Guadalajara, y fui el mes de agosto, dejando los encantos del veraneo donostiarra, a ocupar, lleno de ilusiones, dicho destino.

Lo que allí me ocurrió, digno de recuerdo, será objeto de artículos sucesivos.